

## NUESTRA SEÑORA DE LOS MILAGROS,

EN EL PUERTO DE SANTA MARÍA,

PROVINCIA DE CÁDIZ.

La hermosísima Imágen de Nuestra Señora de los Milagros, Patrona y Titular de la M. N. y L. ciudad y Gran Puerto de Santa María, es segun la mas constante tradicion, una de las muchas que al tiempo de la invasion sarracena, ocultaron los españoles en las entrañas de la tierra, para que fuesen preservadas de las profanaciones de los infieles invasores. Nada podemos decir de su origen, ni del lugar donde estuvo colocada en los antiguos tiempos, pues nada encontramos consignado en la historia, y aun la tradicion guarda silencio. Nos ocuparemos, pues, de su aparicion milagrosa y de la ardiente devocion que la profesan los Portuenses agradecidos, que en esta su Patrona encuentran siempre el remedio de sus males y el bálsamo saludable que mitigando sus penas las hace encontrar consuelos en medio de sus mismas aflicciones.

Cargado San Fernando de laureles, y despues de haber empleado santamente los dias de su reinado, combatiendo valerosamente contra los enemigos de la fe, haciendo ondear victorioso el estandarte de la Cruz con el pabellon de Castilla en multitud de pueblos que por tantos años vivieron some-

tidos al insoportable yugo sarraceno, fué llamado por Dios para recibir en el cielo las eternas recompensas á sus virtudes debidas. Medina Sidonia, Alpechin, Aznalfarache, fueron sus últimas conquistas. Tras ellas el 30 de mayo del año del Señor 1252 falleció en Sevilla, famosa Metrópoli de Andalucía, que al valor de su brazo debiera el ver rotas las cadenas de su esclavitud. Habia ocupado tan santo monarca el trono de Castilla cerca de treinta y cinco años, y el de Leon como unos veinte y dos. Por la enseñanza que encierran, vamos á citar las últimas palabras que salieron de sus labios. «Al entrar en su real estancia el Santísimo Sacramento, se dejó caer de la cama y puestos los hinojos en tierra, con un dogal al cuello, y la cruz delante, como reo pecador pidió perdon de sus pecados á Dios con palabras de grande humildad; ya que queria rendir el alma, demandó perdon á cuantos allí estaban: espectáculo para quebrar los corazones y con que todos se resolvian en lágrimas. Tomó la candela con ambas manos, y puestos en el cielo los ojos: el reino, dijo, Señor, que me diste, y la honra, mayor que yo merecia, te le vuelvo: desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo me ofrezco á la tierra: recibe, Señor mio, mi ánima; y por los méritos de tu santísima pasion, ten por bien de la colocar entre los tus siervos. —Dicho esto mandó á la clerecía cantasen las letanias y el Te-Deum laudamus, y rindió el espíritu bienaventurado.<sup>1</sup>»

Entonces pasó la doble corona de Castilla y de Leon á las sienas de D. Alfonso, que al lado de su padre habia valerosamente combatido contra los sectarios de Mahoma. No era por lo tanto un rey inesperto: heredero del valor y las virtudes de su padre, reunia á mas un talento poco comun,

<sup>1</sup> Mariana. Historia de España. libro XIII, cap. VIII.

que le hizo adquirir el renombre de *Sábio* con el que le distingue la historia.

Apenas los árabes se apercibieron de que el rey Fernando había bajado á la tumba, despertaron del profundo letargo en que les tenia sumergido el valor y denuedo del monarca que les había vencido en cien batallas.

Creyeron que á un rey tan jóven como Alfonso, era fácil vencerle, y determinaron apoderarse de nuevo á sangre y fuego, de los muchos pueblos que por tantos años tuvieron usurpados, y que habían perdido. A ellos, á los cristianos, exclamó el árabe feroz, y el grito de rebelion estalló en Granada, resonando al poco tiempo en algunas mas ciudades y pueblos de Andalucía.

Alfonso no se detuvo. Aun resonaban en sus oídos las últimas palabras y piadosos consejos de su augusto padre. Conocía sus deberes, y así interrumpiendo las tareas de su paternal gobierno se dispuso á ir con sus tropas en busca de los moros, dispuesto á morir antes que dejarse vencer por los enemigos de la fe.

Como en otro tiempo Fernando, imploró humilde el auxilio del Dios de las batallas, ciñóse la coraza y la espada, y partió para las orillas del Guadalete.

Estaba dispuesto por la Providencia que concluyesen para siempre los triunfos de los moros en España, y nada podían ya conseguir á pesar de sus esfuerzos. A Alfonso esperaba un favor singular y extraordinario del cielo. Su fe le llevaba á combatir con los árabes, y esta fe iba á recibir un premio en la tierra á mas del que mas tarde le esperaba en el cielo.

Empezóse de nuevo la guerra con los moros. Hallábase D. Alfonso junto el antiguo puerto de Mnesteo, hoy Puerto de Santa María, entonces casi destruido, pero cuya antigua y primitiva grandeza se dejaba aun conocer por sus mismas

ruinas y paredones. El piadoso y sábio monarca, penetra por medio de aquellas ruinas, dando lugar á la contemplacion y pensando en los males de gran tamaño que la España había experimentado durante la invasion sarracena. Entonces fué cuando la celestial María, la que mas tarde había de ser reconocida por Patrona de esta Nacion, se presentó visible al Monarca, que queda maravillado y absorto con tan señalado favor. La Reina del cielo consoló á Alfonso, ofreciéndole proteccion, y le hizo descubrir una Imágen suya que se hallaba oculta desde los tiempos de la invasion, por la cual ofreció su proteccion á la España y principalmente á aquel pueblo que escogia para teatro de sus maravillas.

Para dar á conocer á nuestros lectores la tradicion de esta Aparicion de la Santísima Virgen al rey D. Alfonso, tan solo tenemos á la vista el elocuente sermón predicado en la iglesia mayor del Puerto de Santa María, donde es venerada la hermosa Imágen de Nuestra Señora de los Milagros, el 8 de setiembre de 1825, por el presbítero Sr. D. Juan José Arbolí, hoy dignísimo obispo de Cádiz. Citando á varios autores en una nota de tan escelente discurso, se expresa de este modo el orador: « Los escritores que han hablado de esta tradicion disienten en el modo, aunque convienen en la sustancia del hecho. Quieren unos que sea la Santísima Virgen la que se apareció al rey; otros que su Imágen conservada sin lesion por un milagro de la Señora entre los escombros de la antigua ciudad de Mnesteo ó puerto gaditano desde la época de la pérdida general de España. El mismo P. Fr. Gerónimo de la Concepcion, que refiere mas circunstanciadamente este acontecimiento, parece vacilar entre una y otra opinion, ó mas bien contradecirse, adoptando á un mismo tiempo entrambas. « Corria, dice, el

»año 1264, en que volviendo el rey D. Alfonso de la triunfante conquista de Sanlúcar, al pasar por aquel Puerto hacia Medina, se le apareció la *Serenísima Virgen María, Reina de los Angeles* sobre la torre mas alta del castillo, y hablándole amorosamente le mandó reparar aquella desmantelada ciudad y que se le pusiese su nombre.» Paréceme que no puede decirse con mas claridad y precision que fué la misma Virgen Santísima la que se apareció al rey. Sin embargo, á los pocos renglones hablando este escritor del templo que aquel Príncipe mandó construir en el sitio de la Aparicion, añade: «En este templo, que es la parroquia de la ciudad, se colocó la *Santa Imágen de María que apareció al rey.*» Yo pienso que pueden y deben conciliarse estas dos sentencias, admitiendo la Aparicion de María y el descubrimiento de la Imágen que la misma Señora puso delante de los ojos del monarca, legándosela á él y á la posteridad por monumento de su proteccion y patronato. Esta conjetura adquiere nueva fuerza si se atiende á que segun consta de la tradicion, la Imágen habia sido enterrada para preservarla de las profanaciones de los invasores en los fosos del castillo, esto es, en el mismo sitio en que 552 años despues se verificó la Aparicion. Pero es preciso repetirlo: sea cual fuere el mérito de esta opinion mia, las dudas sobre las circunstancias del hecho no pueden ser trascendentales al hecho mismo de cuya certeza responde una tradicion tan antigua y acreditada.»

No creemos sea necesario añadir cosa alguna á lo manifestado en el anterior relato, por tan distinguido escritor, y orador sagrado tan bien y justamente reputado.

Aquella ciudad que se honra llevando el nombre de su benéfica protectora, ha presenciado multitud de hechos prodigiosos, pruebas tangibles de la eleccion que de ella ha

hecho la Santísima Virgen para vincularse las mas esquisitas muestras de su amor.

Tan solamente vamos á ocuparnos de un hecho bien reciente, del que se conserva acta para perpétua memoria en las casas consistoriales del Puerto de Santa María. Es bien reciente.

Corria el año 1849, y eran los primeros dias del mes de marzo. Los habitantes del Puerto de Santa María se hallaban profundamente consternados á causa de una sequedad que amenazaba, no solo una miseria espantosa que ya empezaba á dejarse sentir en las familias faltas de recursos, sino tambien con las enfermedades que son consiguientes á tan terrible calamidad.

La situacion no podia ser mas angustiosa: los campos presentaban un aspecto el mas desconsolador, y el cielo no manifestaba la mas remota señal de agua. Los portuenses que tanta fe han tenido siempre y tienen en la Virgen de los Milagros, acudian á su presencia rogándole con lágrimas y el mayor fervor, interpusiese sus ruegos con su Santísimo Hijo, á fin de que enviase sobre la tierra el saludable rocío. Una comision de labradores pobres se presentó al ayuntamiento, pidiéndole que se sacase en procesion la venerable Imágen de Nuestra Señora de los Milagros, patrona de la ciudad, pues que tenian confianza en que se habia de conseguir el favor que tanto se descaban.

Accedió gustoso el cuerpo capitular á los deseos de aquellos labradores, que eran los mismos suyos y los de toda la poblacion, señalándose el 20 de marzo para que la procesion se verificase.

Amaneció aquel suspirado dia, sin que señal alguna se descubriera de que quisiese variar el tiempo. Los barómetros señalaban la misma sequedad que en los dias anterior-

res. No habia pues esperanza alguna, sino solo en la divina misericordia. A las diez de la mañana se cantó Misa solemne ante la Santa Imágen y á las once salió la procesion, á la que asistieron todas las hermandades, cuyos individuos alumbraban con hachas de cera. La Virgen Santísima iba conducida en andas por el clero, y detrás presidiendo el Ayuntamiento, llevando á la cabeza al alcalde corregidor.

Cuando la comitiva dió vista al campo donde habia acudido todo el pueblo, cayó la multitud en tierra, y así arrojados entonose por el clero las preces que la Iglesia tiene establecidas para estos casos. ¡El espectáculo era tan tierno como encantador! Un pueblo inmenso rodeaba á su Madre, dirigiéndola las mas fervorosas súplicas.

El cielo permanecia despejado.

Concluidas las preces de rogativa, la procesion se ordenó de nuevo para seguir su rumbo y volver al templo.

María habia escuchado benigna las súplicas de sus hijos y rogó por ellos. Y como quiera que para María lo mismo es pedir que conseguir, el cielo apareció instantáneamente cubierto de nubes. Un grito de alegría resonó en la multitud.

A los pocos momentos y al pasar la procesion por la iglesia de los Descalzos, empezó á caer el rocío saludable, que siguió despues hasta tanto que los campos revivieron y se fertilizaron.

Agradecidos los portuenses á este favor que vino á aumentar el número de los innumerables que ha recibido de su madre y protectora celebraron ante la Santa Imágen de Nuestra Señora de los Milagros una solemnisima funcion de accion de gracias, que tuvo efecto el 10 de abril del mismo año de 1849, disponiendo el Municipio segun antes indicamos que se levantase acta del suceso y que firmada por todos sus individuos se archivase para que en los tiempos

futuros se conservase la memoria de merced tan señalada.

Son muchas las indulgencias que hay concedidas á los fieles que devotamente visitan esta Santa Imágen de Nuestra Señora de los Milagros, titular y patrona de la ciudad y gran Puerto de Santa María.